

EL BOSQUE MALDITO

Capítulo 1: Las sombras del bosque

Río Verde era un pueblo escondido en lo profundo de la Sierra Madre Occidental, en Durango, México. Aislado entre montañas imponentes y barrancos que parecían devorar la luz, el pueblo había ganado fama por una historia que nadie se atrevía a contar en voz alta: el bosque maldito.

Los ancianos decían que, desde tiempos inmemoriales, el bosque al norte de Río Verde había reclamado vidas. La gente que entraba rara vez regresaba, y aquellos que eran encontrados estaban irreconocibles: sus cuerpos intactos, pero con rostros congelados en expresiones de terror, como si hubieran visto algo más allá de la comprensión humana.

Natalia Herrera sabía todo esto. Las historias de su abuela, Doña Aurora, aún resonaban en su memoria: "No sigas las luces del bosque, niña. Son las almas perdidas buscando compañía." Pero Natalia, ahora periodista, no creía en cuentos. Estaba allí para desentrañar la verdad detrás de las desapariciones recientes.

Eran las ocho de la mañana cuando Natalia llegó al pueblo. La neblina cubría las calles empedradas, y el aire era tan denso que costaba respirar. A pesar de la hora, no había mucha gente fuera, y los pocos que vio cruzaron la calle para evitarla.

El hostel donde se hospedaría era una casa vieja con paredes de adobe. Dentro, la recepcionista, una mujer de rostro cansado, apenas levantó la vista cuando Natalia se registró.

—¿Qué la trae por aquí? —preguntó, sin emoción en su voz.

—Soy periodista. Estoy investigando las desapariciones en el bosque.

La mujer la miró fijamente, sus ojos llenos de algo que Natalia no pudo identificar de inmediato: terror.

—Ese bosque no es para los vivos, señorita. Si aprecia su vida, no se acerque.

Natalia intentó obtener más información, pero la recepcionista no dijo una palabra más. Subió a su habitación sintiendo una opresión en el pecho, como si el aire del pueblo estuviera cargado de algo más que humedad.

La advertencia

Esa noche, mientras revisaba notas en la pequeña mesa junto a la ventana, un ruido seco llamó su atención. Un golpe. Luego otro. Al abrir la ventana, encontró una hoja arrugada en el alféizar. Encima, escrito con tinta negra y temblorosa, había un mensaje:

"No confíes en las luces. Si quieres respuestas, ven al bosque al amanecer."

Natalia sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. La letra era desesperada, casi ilegible. Entonces, algo captó su atención en la oscuridad: un brillo tenue entre los árboles más allá del pueblo. Pequeños destellos amarillos que parecían flotar y moverse.

—Las luces... —murmuró, recordando las advertencias de su abuela.

Apenas lo pensó cuando escuchó un grito desgarrador que cortó el silencio de la noche. Provenía del bosque. Natalia quedó paralizada, el sonido no era humano.

Tomó su linterna y salió al balcón. El pueblo estaba en silencio absoluto, como si nadie más hubiera oído el grito. Pero ella sabía que algo estaba ahí, observándola.

Esa noche, apenas durmió. En sus sueños, veía el bosque, árboles que se retorcían como si tuvieran vida propia, y luces que flotaban a su alrededor, susurrando palabras que no podía entender. Cuando despertó, tenía la decisión tomada: iría al bosque.

Al amanecer, con su cámara y su grabadora en mano, Natalia caminó hacia el sendero que conducía al interior del bosque maldito. Sin embargo, antes de cruzar la línea de árboles, vio algo que hizo que su corazón casi se detuviera: una figura humana de espaldas, inmóvil entre la niebla, mirando hacia las profundidades del bosque.

—¿Hola? —preguntó, su voz temblando.

La figura no respondió. Y entonces, lentamente, comenzó a girar hacia ella.

La figura giró lentamente, pero cuando Natalia logró distinguir su rostro, un escalofrío paralizó su cuerpo. No tenía ojos, solo cuencas vacías que parecían absorber la poca luz que atravesaba la neblina. Su boca, entreabierta, parecía un abismo negro, y de ella emanaba un sonido apenas audible, como un susurro que no pertenecía a este mundo.

Natalia retrocedió, el corazón golpeándole el pecho. La figura comenzó a moverse hacia ella, pero no caminaba: flotaba a pocos centímetros del suelo, su cuerpo rígido y torcido como si estuviera atrapado en una danza macabra.

—¡Aléjate! —gritó, tratando de que su voz sonara firme, pero solo logró un temblor desesperado.

La figura se detuvo y, de pronto, dejó escapar un gemido agudo, un sonido desgarrador que resonó en todo el bosque. Natalia tropezó y cayó al suelo, con la cámara golpeando el suelo junto a ella. Cuando levantó la vista, la figura ya no estaba. Solo la neblina permanecía, envolviéndolo todo en un silencio sepulcral.

Se levantó tambaleante, recogió la cámara y miró hacia el bosque. Las luces seguían allí, flotando entre los árboles, como pequeñas llamas que parecían danzar al ritmo de un viento inexistente. Sabía que debía regresar al pueblo, pero algo más fuerte que su miedo la empujaba a seguir adelante.

El interior del bosque

Natalia cruzó la línea de árboles. El aire cambió de inmediato. Era más frío, más pesado, y estaba impregnado de un olor dulce y nauseabundo, como flores marchitas mezcladas con algo podrido. Las luces se movían más profundamente en el bosque, como si la estuvieran guiando.

A medida que avanzaba, la sensación de ser observada se intensificaba. Podía oír crujidos entre los árboles, pero cuando giraba la cabeza, no veía nada. La neblina parecía moverse, envolviéndola como si fuera un ser vivo.

De repente, el suelo bajo sus pies se hundió ligeramente, y Natalia sintió algo húmedo. Bajó la mirada y vio que estaba parada sobre una sustancia negra y espesa que burbujeaba lentamente. Intentó retroceder, pero sus zapatos quedaron atrapados. Entonces, un grito resonó a pocos metros de distancia. Esta vez era claro, humano, y lleno de agonía.

—¡Ayuda! —gritó la voz, desgarradora.

Natalia arrancó los pies del lodo negro y corrió hacia el sonido, su linterna temblando en su mano. Pero cuanto más avanzaba, más parecía perderse. El grito se repetía, pero siempre parecía venir de un lugar diferente.

Finalmente, llegó a un claro rodeado de árboles altos y deformes, cuyas ramas se retorcían hacia el cielo como manos suplicantes. En el centro del claro había algo que la dejó sin aliento: un cuerpo.

Era un hombre joven, vestido con ropa de trabajo, pero su piel estaba completamente pálida, casi translúcida, como si toda su sangre hubiera sido drenada. Su boca estaba abierta en un grito de terror eterno, y sus ojos estaban fijos en las luces que flotaban sobre él.

Natalia sintió un impulso de correr, pero antes de que pudiera moverse, las luces comenzaron a acercarse. Rodearon el cuerpo del hombre, y, para su horror, vio cómo éste comenzó a moverse espasmódicamente, como si algo invisible estuviera tirando de él.

—¡No! —gritó Natalia, retrocediendo.

Una de las luces giró hacia ella, y por un momento, creyó ver algo en su interior: un rostro humano, retorcido en agonía. La luz se lanzó hacia ella, y Natalia cayó al suelo, cubriéndose el rostro.

Sintió un frío insoportable atravesarla, como si la luz hubiera intentado entrar en su cuerpo. Cuando se atrevió a mirar de nuevo, las luces se habían desvanecido, y el cuerpo del hombre ya no estaba.

Natalia corrió de regreso al pueblo con las piernas temblorosas, jurando que no volvería a entrar al bosque. Pero en el fondo sabía que el bosque no había terminado con ella.

Natalia respiraba con dificultad, con las manos aferradas a la cámara como si fuera un amuleto. Se obligó a mirar a su alrededor, buscando una salida. Sin embargo, el bosque parecía haberse transformado. Los árboles, antes estáticos, ahora se inclinaban hacia ella, como si quisieran atraparla con sus ramas nudosas. El suelo estaba cubierto por raíces que se retorcían lentamente, como si tuvieran vida propia.

De pronto, el aire se llenó de un murmullo bajo, un sonido que parecía provenir de todos lados. Natalia afinó el oído, y lo que escuchó le heló la sangre: voces. Docenas de ellas, susurrando palabras ininteligibles, como si el bosque estuviera hablando.

Las luces reaparecieron, pero esta vez eran más, muchas más, y rodearon a Natalia en un círculo que se cerraba lentamente. En su interior, vio más rostros distorsionados, sombras de lo que una vez fueron humanos, con expresiones de sufrimiento eterno.

—¿Qué quieren? —gritó, su voz quebrándose.

Las luces no respondieron. En su lugar, una de las raíces del suelo se alzó de repente y se enrolló alrededor de su tobillo, tirando de ella hacia el centro del claro. Natalia gritó y forcejeó, pero la raíz era increíblemente fuerte, y cada vez más raíces emergían del suelo, atrapándola como serpientes hambrientas.

El pozo negro

Justo cuando creyó que no había salida, las luces comenzaron a moverse hacia un punto específico del claro. Allí, el suelo empezó a abrirse, revelando un pozo oscuro del que emanaba un hedor insoportable. Natalia vio cómo las luces descendían en espiral hacia el pozo, iluminando brevemente algo en su interior: figuras humanoides que se retorcían en el lodo, alzando sus manos hacia la superficie.

—¡Ayuda! —gritó una de las figuras, con una voz desgarradora que parecía ser de un hombre.

—¡Por favor, no me dejes aquí! —clamó otra, una mujer cuya voz resonaba con un eco antinatural.

Natalia intentó alejarse del pozo, pero las raíces la arrastraban lentamente hacia el borde. Sentía el frío del suelo subir por su cuerpo, el peso de algo invisible presionando su pecho.

De repente, una de las luces se detuvo frente a ella. Natalia pudo ver claramente su interior: era un rostro humano, el de una niña con ojos vacíos y una boca que se movía en un grito silencioso. La luz se lanzó hacia ella, y todo se volvió oscuro.

El regreso

Cuando Natalia abrió los ojos, estaba tirada en el borde del bosque, cubierta de barro y con arañazos en los brazos. Su cámara estaba destrozada junto a ella, pero su grabadora seguía intacta. Respiraba con dificultad, y su mente luchaba por entender lo que acababa de suceder.

El pueblo estaba en completo silencio cuando regresó tambaleándose al hostal. En la recepción, la misma mujer de rostro cansado la miró con lástima.

—Se lo advertí —dijo en voz baja, antes de girarse y desaparecer en la trastienda.

En su habitación, Natalia encendió la grabadora. Escuchó con atención, esperando que al menos algo de lo que había experimentado estuviera registrado. Al principio, solo se oía su respiración agitada y los sonidos del bosque. Pero entonces, algo surgió entre los ruidos:

"No confíes... no confíes en las luces..."

La voz era la de un hombre, pero Natalia no recordaba haber oído a nadie más.

Antes de que pudiera procesarlo, un golpe seco resonó en la puerta de su habitación. Cuando la abrió, no había nadie. Solo un papel doblado en el suelo, con una frase escrita en tinta roja:

"El bosque te ha elegido. No hay escape."

Capítulo 2: Ecos de lo prohibido

La noche no ofreció descanso a Natalia. Sus sueños estaban infestados de imágenes que no podía explicar: luces que danzaban en la oscuridad, rostros deformados que gritaban sin sonido, y un pozo

negro que parecía devorar la realidad misma. Despertó al amanecer, con el papel del mensaje aún apretado entre sus dedos.

Decidida a no rendirse, Natalia pasó el día recorriendo Río Verde en busca de respuestas. Sin embargo, los habitantes del pueblo eran herméticos, esquivos. Apenas la miraban, y muchos cerraban sus puertas antes de que pudiera acercarse. La tensión en el ambiente era palpable, como si todos compartieran un secreto que no estaban dispuestos a revelar.

Finalmente, encontró a una mujer que accedió a hablar. Doña Amalia, una anciana que vivía en una casita al borde del pueblo, la recibió con una mirada desconfiada, pero no cerró la puerta.

—Tú estuviste en el bosque, ¿verdad? —preguntó la anciana, mientras colocaba una taza de café frente a Natalia.

Natalia asintió.

—Algo... algo me atacó. Vi cosas que no puedo explicar.

Doña Amalia suspiró y se sentó frente a ella.

—Ese bosque ha sido maldito desde que tengo memoria, y mucho antes también. Hay historias... leyendas que los viejos cuentan. Dicen que el bosque fue un lugar de sacrificios antiguos, de rituales que invocaban a los espíritus de la oscuridad. Pero las luces... esas luces no siempre estuvieron ahí.

Natalia se inclinó hacia adelante, intrigada.

—¿Qué sabe sobre las luces?

—Son almas atrapadas —respondió la anciana en un susurro, como si temiera que algo la estuviera escuchando—. Gente que el bosque reclama. No están vivas, pero tampoco han encontrado la muerte. Son guardianes del lugar, condenados a atraer a otros para que compartan su destino.

Un escalofrío recorrió la espalda de Natalia.

—¿Por qué yo? —preguntó, sintiendo que su voz se quebraba—. ¿Por qué me dejaron ir?

La anciana bajó la mirada.

—Quizá porque aún no te han reclamado. Pero ya te han marcado. Lo que viste, lo que llevas contigo... eso no te dejará en paz.

Natalia apretó los puños.

—Tiene que haber una forma de detener esto.

Doña Amalia la miró con pesar.

—Nadie lo ha logrado. Pero si realmente quieres respuestas, hay un hombre que sabe más que nadie. Don Mateo. Vive a tres horas de aquí, en un rancho al pie de las montañas. Es el único que ha entrado al bosque y ha vuelto... dos veces.

Una nueva búsqueda

Con la información de Doña Amalia, Natalia emprendió su viaje al rancho de Don Mateo. El camino era complicado, lleno de curvas peligrosas y rodeado por un paisaje que parecía cada vez más sombrío a medida que avanzaba.

Cuando llegó, el rancho era apenas una sombra de lo que alguna vez fue. Las maderas estaban podridas, y los campos parecían abandonados. Sin embargo, la figura de un hombre alto y encorvado apareció en la entrada, observándola con unos ojos hundidos y cansados.

—Sé por qué estás aquí —dijo Don Mateo antes de que Natalia pudiera decir una palabra—. No debiste entrar al bosque.

—Necesito entenderlo —respondió ella, firme—. Necesito saber qué está pasando.

Don Mateo la miró en silencio durante un largo momento, antes de asentir lentamente.

—Si quieres respuestas, tendrás que escuchar las historias que nadie quiere recordar. Pero prepárate, niña, porque una vez que las sepas, no hay vuelta atrás.

Don Mateo la guió a una pequeña sala dentro de la casa. Encendió una lámpara de aceite, y las sombras danzaron en las paredes como si tuvieran vida propia.

—El bosque... —comenzó, con la voz grave y pausada—, no es un lugar normal. Es un umbral. Un puente entre nuestro mundo y algo más. Algo oscuro. Las luces son sólo el principio. Lo que está detrás de ellas... eso es lo que debes temer.

Natalia sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué hay detrás de ellas?

Don Mateo se inclinó hacia adelante, y por primera vez, Natalia vio el terror reflejado en sus ojos.

—Un espíritu antiguo. Una entidad que se alimenta del miedo y del alma de los vivos. Lo llaman "El Consumidor". Y si el bosque te ha marcado, no parará hasta que le pertenezcas.

Don Mateo respiró hondo, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar le pesaran demasiado.

—Cuando era joven, pensé que era invencible. Mi familia siempre vivió cerca del bosque, y crecí escuchando las historias. Advertencias de no entrar, de no seguir las luces. Pero yo era terco y curioso... como tú, supongo.

Se quedó en silencio un momento, mirando la lámpara de aceite como si pudiera ver algo más allá de su luz.

—La primera vez que entré, sólo quería demostrar que las leyendas eran cuentos para asustar a los niños. Todo era normal al principio. Caminé durante horas, hasta que me perdí. Y entonces aparecieron las luces. Me siguieron, como si estuvieran jugando conmigo. Pensé que podía escapar, pero me llevaron al claro donde está el pozo.

Natalia sintió que el aire en la sala se volvía más pesado mientras Don Mateo hablaba.

—Vi cosas que no puedo explicar. Rostros que salían del suelo, sombras que no eran mías... y al pozo... algo salió de él. Algo que nunca quiero volver a ver.

El viejo apretó los puños, como si intentara contener un temblor.

—Logré salir porque llevaba conmigo un amuleto. Mi abuela me lo dio antes de morir, una cruz hecha con madera del pueblo. No sé si eso fue lo que me salvó o si el bosque simplemente decidió que no era mi momento. Pero nunca volví a ser el mismo.

Natalia lo miró fijamente, incapaz de apartar la vista.

—¿Y la segunda vez?

Don Mateo cerró los ojos, como si el recuerdo le causara dolor físico.

—No fui por elección. Me arrastraron.

Las palabras eran apenas un susurro, pero el terror en su voz era inconfundible.

—Un día, las luces aparecieron en mi casa. Flotaban alrededor como si estuvieran buscándome. Y cuando salí a enfrentarlas... el bosque me reclamó de nuevo.

—¿Cómo escapaste? —preguntó Natalia, con la voz apenas audible.

—No lo hice. Una parte de mí sigue allí, atrapada.

La confesión cayó como un golpe en el pecho de Natalia. Quería preguntar más, pero antes de que pudiera hacerlo, un ruido afuera interrumpió el momento.

Un encuentro inesperado

El sonido era bajo, como un crujido, seguido por un gemido que parecía provenir de algún lugar cercano. Don Mateo se levantó rápidamente, agarrando una escopeta que tenía apoyada en la pared.

—Quédate aquí —ordenó, pero Natalia lo siguió, incapaz de quedarse quieta.

Salieron al patio, donde la oscuridad ya había caído por completo. La única luz provenía de la lámpara que Don Mateo sostenía.

El ruido se repitió, esta vez más cerca. Provenía del lado del granero. Mientras avanzaban, Natalia sintió cómo el frío del aire se hacía más intenso, como si algo invisible estuviera drenando el calor a su alrededor.

Cuando llegaron al granero, la puerta estaba entreabierta, y del interior emanaba un leve resplandor. Don Mateo levantó la lámpara y señaló a Natalia que se quedara atrás mientras abría la puerta por completo.

El interior estaba vacío, salvo por una figura encorvada en el centro. Era un hombre, pero algo en su postura y movimientos no era natural. Su cuerpo temblaba de manera errática, y cuando levantó la cabeza, Natalia contuvo un grito.

Los ojos del hombre estaban completamente blancos, como si hubiera sido cegado, y su piel tenía un tono grisáceo, casi cadavérico. Sus labios se movían rápidamente, pero no emitía sonido alguno.

—¡Atrás! —gritó Don Mateo, apuntándole con la escopeta.

El hombre alzó una mano, y Natalia vio que sus dedos eran anormalmente largos, con uñas negras y afiladas. Entonces, de su boca salió un sonido gutural, un grito que resonó como si miles de voces lo acompañaran.

Antes de que Don Mateo pudiera disparar, las luces comenzaron a aparecer dentro del granero. Una a una, rodearon al hombre, iluminando su figura deformada. Y luego, sin previo aviso, el hombre se lanzó hacia ellos.

Don Mateo disparó, el estruendo rompiendo el silencio de la noche. Pero el hombre no cayó. Simplemente desapareció entre las luces, como si nunca hubiera estado allí.

Cuando las luces se desvanecieron, todo quedó en silencio. Pero Natalia y Don Mateo sabían que aquello era sólo el principio.

El aire dentro del granero seguía siendo irrespirable, cargado de un hedor que no era de este mundo. Natalia y Don Mateo se miraron en silencio, tratando de procesar lo que acababan de presenciar. Pero antes de que pudieran moverse, un sonido profundo, como un gruñido gutural, resonó en el exterior, sacudiendo las viejas paredes de madera.

—Esto no ha terminado —murmuró Don Mateo, recargando su escopeta con manos temblorosas.

El sonido del gruñido se transformó en un eco inquietante que parecía provenir de todas partes. Natalia miró hacia la puerta del granero, sus instintos gritando que debían huir. Pero entonces, algo rozó la puerta desde afuera, un movimiento lento y deliberado que hizo que los dos retrocedieran instintivamente.

—No abras... —susurró Natalia, agarrando el brazo de Don Mateo.

Él negó con la cabeza.

—Si nos quedamos aquí, estamos atrapados.

Con un movimiento rápido, Don Mateo empujó la puerta abierta y apuntó su escopeta hacia la oscuridad. La lámpara que llevaba en la otra mano iluminó apenas unos metros, revelando el patio vacío. Sin embargo, el aire estaba más frío que nunca, y una densa niebla comenzaba a levantarse del suelo, cubriendo todo a su alrededor.

—No estamos solos —dijo Don Mateo, bajando la lámpara para iluminar las huellas que comenzaban a formarse en la tierra húmeda.

Eran grandes, más de lo que cualquier humano podría dejar, y se hundían en el suelo como si algo increíblemente pesado estuviera caminando. Las huellas no conducían a ningún lugar. Simplemente aparecían y desaparecían, como si la criatura estuviera jugando con ellos.

De pronto, un chillido agudo rasgó el aire, y Natalia giró hacia el sonido, solo para ver algo moverse entre la niebla. Era rápido, apenas un destello oscuro que parecía deslizarse más que caminar.

—¡Ahí está! —gritó Don Mateo, disparando hacia la figura.

El disparo resonó, pero no hubo impacto. En lugar de eso, la figura se detuvo, y por un breve momento, Natalia la vio claramente: era alta, delgada, y su cuerpo estaba cubierto por una especie de piel grisácea que parecía húmeda. Sus ojos brillaban con un tono rojo intenso, y cuando abrió la boca, mostró una fila de dientes largos y afilados.

—Es el Consumidor... —murmuró Don Mateo, con el rostro pálido.

La criatura emitió un rugido ensordecedor y se lanzó hacia ellos con una velocidad imposible. Natalia sintió que sus piernas no respondían, congeladas por el miedo. Pero antes de que la criatura los alcanzara, una de las luces apareció de la nada, interponiéndose entre ellos y el monstruo.

La luz parpadeó violentamente, emitiendo un sonido similar a un grito, y la criatura retrocedió, como si fuera repelida por su presencia. Sin embargo, no se fue. Permaneció en el borde de la niebla, observándolos, acechando.

—Tenemos que entrar a la casa, ahora —ordenó Don Mateo, empujando a Natalia hacia la entrada.

Mientras corrían, más luces comenzaron a aparecer en el patio, rodeándolos como un escudo. Natalia podía sentir el calor extraño que emitían, pero también escuchaba los susurros, las voces que parecían llamarla por su nombre.

Finalmente, llegaron a la casa y cerraron la puerta con un golpe. Don Mateo aseguró el pestillo mientras Natalia se dejaba caer contra la pared, respirando con dificultad.

—¿Por qué no nos atacaron las luces? —preguntó ella, temblando.

Don Mateo miró hacia la ventana, donde las luces aún flotaban afuera, como si estuvieran vigilando.

—No nos están protegiendo. Están asegurándose de que no escapemos.

Un golpe ensordecedor sacudió la puerta, haciendo que ambos saltaran. Natalia miró a Don Mateo, aterrorizada.

—¿Qué hacemos ahora?

El viejo suspiró, con el rostro marcado por la resignación.

—Prepara tu valentía, niña. Porque si el bosque te ha marcado, esta noche no termina hasta que enfrentes lo que te reclama.

Otro golpe retumbó en la puerta, más fuerte esta vez, acompañado por el rugido de la criatura. La casa entera parecía temblar, como si la oscuridad estuviera intentando arrancarla de sus cimientos.

El siguiente golpe contra la puerta fue tan violento que las bisagras crujieron como si estuvieran a punto de ceder. Don Mateo levantó la escopeta, pero su rostro mostraba algo más que determinación: miedo puro. Natalia se levantó tambaleándose, sus piernas débiles como si la energía estuviera siendo drenada de su cuerpo por la misma presencia oscura que los acosaba.

—No va a aguantar... —murmuró Don Mateo, con un tono que no dejaba lugar a dudas.

De pronto, un estruendo hizo que ambos voltearan hacia la ventana. Las luces que antes flotaban en el patio ahora se deslizaban hacia la casa, atravesando las paredes como si fueran humo, llenando la sala

con un resplandor antinatural. Las voces comenzaron de nuevo, susurros que retumbaban directamente en sus cabezas, como si alguien estuviera hablando dentro de sus mentes.

—Salgan... salgan...

Natalia se llevó las manos a los oídos, tratando de bloquear los sonidos, pero era inútil. Las palabras se repetían, cada vez más fuertes, más insistentes.

—¡Esas cosas quieren que salgamos! —gritó, con la voz quebrada por el pánico.

Don Mateo no respondió. Estaba mirando hacia la puerta, donde una sombra comenzaba a formarse bajo el marco, creciendo, alargándose como si algo inmenso estuviera tratando de atravesarla. Era alta, mucho más alta que cualquier humano, y su contorno era borroso, como si el aire mismo se distorsionara alrededor de su figura.

Entonces, la sombra habló. Su voz era profunda, gutural, y parecía resonar desde todos los rincones de la casa.

—Nadie escapa del bosque.

Con un crujido final, la puerta se partió en dos, y una ráfaga de aire helado inundó la casa. Natalia gritó mientras veía cómo la criatura comenzaba a entrar, arrastrándose como si sus extremidades fueran demasiado largas para moverse de forma normal. Su piel era negra como la obsidiana, y de su espalda salían protuberancias que latían como si estuvieran vivas.

—¡Corre! —gritó Don Mateo, agarrándola del brazo y arrastrándola hacia la puerta trasera.

Ambos salieron corriendo hacia el patio trasero, pero la niebla era tan espesa que apenas podían ver un metro frente a ellos. Las luces seguían flotando a su alrededor, moviéndose erráticamente, iluminando fugazmente las figuras que los acechaban entre los árboles: sombras humanoides con ojos rojos, quietas pero claramente observándolos.

El frío era insoportable, como si cada respiración quemara sus pulmones. Natalia podía sentir que algo estaba detrás de ellos, una presencia que hacía que cada cabello en su cuerpo se erizara.

—Por aquí, rápido —dijo Don Mateo, señalando un sendero estrecho que se adentraba en la maleza.

El camino era difícil de seguir, con raíces que parecían salir del suelo deliberadamente para atraparlos. Natalia tropezó varias veces, pero Don Mateo la levantaba, empujándola a seguir. Todo el tiempo, los rugidos de la criatura resonaban detrás de ellos, cada vez más cerca.

De repente, una de las luces se posó frente a ellos, bloqueando el camino. Natalia se detuvo en seco, sintiendo cómo un escalofrío recorría su espalda. La luz parpadeó, y por un breve momento, vio su propio rostro reflejado en ella, pero no era su cara habitual. Estaba pálida, con ojos hundidos y labios azulados, como si estuviera muerta.

—No es real... no es real... —se repetía, tratando de calmarse.

Pero la luz se desvaneció, dejando en su lugar una figura. Era la mujer de la foto que había visto antes, la que colgaba en la pared de Don Mateo. Estaba allí, de pie, con el vestido blanco manchado de algo oscuro y los ojos vacíos, mirando directamente a Natalia.

—Mateo... me fallaste.

Don Mateo se detuvo en seco, mirando a la figura con una mezcla de dolor y terror.

—No... no eres tú.

—Me abandonaste —susurró la figura, acercándose lentamente. Cada paso que daba hacía que el aire se volviera más pesado, más opresivo.

—¡No la mires! —gritó Natalia, tirando de Don Mateo, pero él parecía petrificado.

De pronto, algo los golpeó desde atrás. Natalia cayó al suelo, rodando por el sendero hasta detenerse junto a un árbol. Cuando levantó la vista, vio a la criatura negra sobre Don Mateo, sus extremidades alargadas envolviéndolo mientras lo levantaba del suelo.

—¡Déjalo! —gritó, buscando algo con lo que atacar. Encontró una rama rota y la lanzó con todas sus fuerzas, pero no logró más que llamar la atención de la criatura.

Sus ojos rojos se fijaron en ella, y Natalia sintió como si todo su cuerpo se paralizara bajo su mirada. Era como si la estuviera despojando de toda esperanza, dejando sólo miedo puro.

Don Mateo, con un último esfuerzo, sacó algo de su bolsillo: una pequeña cruz de madera. La sostuvo con fuerza, y por un instante, la criatura pareció retroceder, soltándolo con un gruñido.

—¡Corre, niña! ¡Corre al pueblo! —gritó él, cayendo al suelo.

Natalia dudó, pero cuando la criatura volvió a rugir y las luces comenzaron a acercarse, no tuvo otra opción. Corrió como nunca antes, escuchando los gritos de Don Mateo y los rugidos de la criatura detrás de ella, cada vez más lejanos.

El bosque parecía interminable, pero finalmente vio las luces del pueblo a lo lejos. Sin embargo, sabía que algo había cambiado. El bosque no la dejaría ir tan fácilmente.

Capítulo 3: El eco de los condenados

Natalia llegó al borde del pueblo de Río Verde, pero la sensación de seguridad que esperaba nunca llegó. La niebla parecía seguirla, envolviendo las calles estrechas y silenciosas. Las casas estaban apagadas, con ventanas que parecían ojos ciegos observándola. Cada paso que daba resonaba en el aire como un golpe de tambor, y el eco de sus propios pasos la hacía girar la cabeza repetidamente, convencida de que alguien la seguía.

El pueblo estaba vacío, algo que nunca había sucedido antes. Incluso en las noches más tranquilas, siempre había luces encendidas o voces apagadas provenientes de las casas. Pero esta vez, no había nada. Solo el sonido distante del viento arrastrando hojas muertas por las calles.

—¿Hola? —gritó, con la voz temblorosa.

No hubo respuesta. Natalia miró hacia atrás, al bosque, esperando ver las luces o la criatura, pero no había nada. Sin embargo, la niebla no retrocedía. Era como si el bosque hubiera extendido sus raíces hasta el corazón del pueblo.

Cuando llegó a la plaza principal, vio que la estatua de la Virgen María, que normalmente presidía el lugar, estaba diferente. La piedra estaba agrietada, y en lugar de sostener las manos en oración, los dedos estaban retorcidos, apuntando hacia el bosque. Pequeñas manchas oscuras, similares a sangre seca, recorrían la base de la estatua.

Un escalofrío recorrió su espalda.

—Esto no puede ser real... —murmuró.

De repente, una risa baja y gutural resonó detrás de ella. Natalia giró rápidamente, pero no había nadie. Solo la niebla, espesa y casi viva, que parecía moverse con intención.

—¿Quién está ahí? —preguntó, con la voz quebrada por el miedo.

La risa se intensificó, multiplicándose hasta convertirse en un coro de voces burlonas. Algunas eran agudas, casi infantiles, mientras que otras eran profundas y rasposas, como si vinieran de gargantas desgarradas.

—No estás sola, Natalia... nunca lo estarás... —susurró una voz, tan cerca que sintió el aliento frío en su nuca.

Gritó y salió corriendo hacia la iglesia, la única estructura en el pueblo que parecía estar intacta. Sus puertas de madera estaban entreabiertas, y una tenue luz parpadeaba en el interior.

Al cruzar el umbral, el aire cambió. Dentro de la iglesia, el frío era más intenso, y la luz provenía de unas pocas velas colocadas alrededor del altar. Las paredes estaban decoradas con santos, pero sus ojos parecían seguirla mientras avanzaba.

—Dios mío... —susurró, abrazándose a sí misma.

De repente, un fuerte golpe resonó desde el confesionario. Era un sonido hueco, como si alguien estuviera atrapado dentro. Natalia dudó por un momento, pero la curiosidad fue más fuerte. Se acercó lentamente, sintiendo que cada paso era una eternidad.

Cuando abrió la puerta, no había nadie dentro. Solo un pequeño espejo roto, con fragmentos de vidrio cubiertos de un líquido oscuro que no quería identificar. Pero lo peor era su reflejo: no estaba sola. Detrás de ella, una figura alta y delgada la observaba desde las sombras, sus ojos brillando con un rojo inhumano.

Antes de que pudiera reaccionar, las velas se apagaron de golpe, sumiéndola en la oscuridad total. El silencio fue reemplazado por un sonido húmedo y pegajoso, como si algo viscoso se estuviera moviendo por el suelo.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —gritó, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra el altar.

La respuesta fue un susurro frío y áspero, acompañado por un aliento que apestaba a muerte.

—Quiero... tu alma.

Una mano negra y alargada salió de la oscuridad, tratando de atraparla. Natalia reaccionó por instinto, derribando una de las velas y encendiendo un fuego pequeño que iluminó la iglesia por un breve

instante. Lo que vio la dejó sin aliento: la criatura que la había perseguido en el bosque estaba ahora en el centro de la iglesia, su cuerpo retorciéndose y deformándose, como si estuviera fusionándose con las sombras mismas.

Corrió hacia la puerta, pero esta se cerró de golpe, atrapándola. La criatura avanzó lentamente, sus ojos rojos brillando con una intensidad aterradora.

Natalia gritó, cerrando los ojos y rezando por su vida. En ese momento, un campanazo profundo resonó desde el campanario, como si algo invisible estuviera tratando de llamar la atención. La criatura se detuvo y emitió un gruñido bajo antes de retroceder lentamente hacia las sombras.

Cuando Natalia abrió los ojos, la iglesia estaba vacía, pero sabía que no estaba a salvo.

—Esto no es un sueño... —dijo en voz baja, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a correr por su rostro.

Sin embargo, algo llamó su atención: en el suelo, justo donde había estado la criatura, había un objeto extraño. Era una pequeña figura tallada en madera, un hombre con un sombrero ancho y ojos vacíos.

Don Mateo le había hablado de esas figuras antes: los **“espantos,”** guardianes que marcaban los lugares donde el bosque reclamaba almas.

El terror no había terminado. Solo estaba comenzando.

Capítulo 4: La marca del bosque

Natalia se inclinó lentamente hacia la figura tallada, como si temiera que cobrara vida en cualquier momento. Era pequeña, de apenas unos centímetros, pero su simple presencia llenaba el aire de un peso opresivo. Sus manos temblaban al recogerla, y un escalofrío recorrió su cuerpo al sentir la textura áspera y fría de la madera.

La figura no era solo un objeto; parecía viva de alguna manera, como si algo oscuro habitara en su interior.

—¿Qué significa esto? —murmuró, mirando alrededor de la iglesia en busca de respuestas.

Pero la iglesia seguía tan vacía como antes, aunque el aire se sentía denso, cargado de un silencio antinatural. Natalia apretó la figura entre sus manos, como si sostenerla le diera alguna forma de control sobre el horror que la rodeaba, y corrió hacia la puerta. Esta vez, se abrió sin resistencia, y ella salió a la plaza.

El pueblo seguía sumido en una quietud siniestra. Pero ahora, algo había cambiado. Las luces de las casas estaban encendidas, aunque no se veía a nadie dentro. La niebla era más espesa, y en su espesor se distinguían formas que se movían, figuras humanoides que parecían caminar lentamente hacia ella.

—No... no otra vez... —susurró, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra una de las paredes del templo.

Los pasos comenzaron a resonar, primero a lo lejos y luego cada vez más cerca, como si la niebla misma trajera a esas figuras hacia ella.

De repente, sintió una presencia detrás. Un aliento frío acarició su nuca, y una voz susurrante, cargada de malicia, habló directamente en su oído:

—No puedes escapar. El bosque está en ti ahora.

Natalia giró con un grito, pero no había nadie allí. Aún así, las palabras resonaban en su mente, como un eco que se negaba a desvanecerse.

El regreso al bosque

Aunque cada fibra de su ser le rogaba que huyera, algo dentro de Natalia la empujó a avanzar hacia el bosque. Como si una fuerza invisible la guiara, comenzó a caminar, dejando atrás las casas iluminadas y la plaza vacía. A medida que se acercaba al límite del bosque, el sonido de los susurros aumentaba, y las figuras en la niebla parecían multiplicarse.

Al cruzar el primer grupo de árboles, el ambiente cambió. La temperatura descendió abruptamente, y el aire se volvió pesado, dificultándole respirar. Las sombras eran más densas aquí, y los árboles parecían retorcerse en formas imposibles, como si estuvieran vivos.

Natalia sostuvo la figura tallada con fuerza, como si fuera un talismán. Sin embargo, su peso parecía aumentar, y su madera se sentía más caliente con cada paso que daba.

Fue entonces cuando comenzó a escuchar los gritos. Voces humanas, desgarradoras, provenientes de todas direcciones. Eran gritos de auxilio, de dolor, que se mezclaban con risas siniestras y el crujir de ramas.

—¡Ayuda! —gritó una voz femenina cercana.

Natalia dudó. No había nadie visible, pero el tono de la voz era tan desesperado que no podía ignorarlo. Dio un par de pasos hacia donde creía que provenía el sonido, pero tropezó con algo en el suelo.

Era un cuerpo.

La luz tenue de la luna atravesó las ramas, iluminando parcialmente a un hombre joven, con los ojos abiertos y la boca congelada en un grito silencioso. Su piel estaba pálida, como si toda la sangre hubiera sido drenada de su cuerpo, y su ropa estaba rasgada, cubierta de tierra.

Natalia retrocedió, conteniendo el grito que amenazaba con escapar de su garganta. Pero antes de que pudiera reaccionar, el cuerpo comenzó a moverse.

Primero fue un leve temblor en los dedos, luego los ojos, que se giraron hacia ella, brillando con un resplandor antinatural. El cadáver se levantó lentamente, sus movimientos espasmódicos, como si fuera un títere controlado por hilos invisibles.

—Tú... también serás nuestra... —dijo con una voz gutural que no podía pertenecer a un ser humano.

Natalia gritó y comenzó a correr, adentrándose más en el bosque. Las ramas la arañaban, y las raíces parecían alzarse para atraparla, pero no se detuvo. Las figuras en la niebla la seguían, sus voces llenando el aire con cánticos oscuros y palabras en un idioma desconocido.

El altar olvidado

Después de lo que pareció una eternidad, llegó a un claro en el bosque. En el centro, había un altar antiguo, cubierto de musgo y con símbolos tallados en piedra. Estaba rodeado por velas negras, cuya luz temblorosa proyectaba sombras que se retorcían como si estuvieran vivas.

Natalia se acercó lentamente, incapaz de resistir la atracción que ejercía el altar. Al llegar, vio que en el centro había otra figura tallada, idéntica a la que sostenía en sus manos. Pero esta era diferente. Estaba rota, y de su interior goteaba un líquido oscuro que formaba un charco a sus pies.

El aire a su alrededor se volvió más pesado, y Natalia cayó de rodillas, incapaz de moverse. Fue entonces cuando las sombras comenzaron a reunirse, formando un círculo a su alrededor. Sus ojos rojos brillaban en la oscuridad, y sus voces se alzaron en un cántico que resonaba con un poder que la llenaba de terror.

—Eres nuestra. El bosque te reclama.

La figura que Natalia sostenía comenzó a quemarse en sus manos, y el dolor la hizo soltarla. Pero cuando cayó al suelo, el fuego se extendió, envolviendo el altar y las figuras talladas. Las sombras retrocedieron momentáneamente, emitiendo gritos de ira y dolor.

Natalia aprovechó el momento para levantarse y correr nuevamente, sin mirar atrás. Sin embargo, sabía que el bosque no había terminado con ella. Y ahora, tampoco el pueblo sería seguro.

La oscuridad no solo estaba en el bosque. Estaba en ella.

Capítulo 5: La condena del bosque

Natalia corría sin rumbo definido, guiada únicamente por su instinto de supervivencia. Sentía el aire helado del bosque como cuchillas invisibles contra su piel, mientras los susurros y gritos le perforaban los oídos. Cada sombra parecía alargar sus extremidades, tratando de alcanzarla, y cada árbol retorcido parecía girarse hacia ella con intenciones hostiles.

De repente, el terreno cambió bajo sus pies. El suelo se volvió más blando, húmedo, y un hedor putrefacto llenó el aire. Natalia tropezó y cayó de rodillas, hundiendo las manos en lo que parecía ser un lodazal. Pero cuando las retiró, el líquido oscuro que cubría sus manos no era barro; era sangre.

El pánico se apoderó de ella, pero antes de que pudiera reaccionar, el charco comenzó a moverse. Era como si estuviera vivo, extendiéndose lentamente hacia sus piernas. De entre el líquido emergieron manos delgadas y huesudas, sus dedos afilados como garras. Los gritos de las figuras atrapadas en la niebla ahora se mezclaban con los de Natalia, quien pateó desesperada para liberarse del agarre de aquellas extremidades.

Con un esfuerzo sobrehumano, logró ponerse de pie y correr nuevamente. Pero esta vez, no estaba huyendo sola. La niebla misma parecía perseguirla, formándose en figuras humanoides que se movían a un ritmo frenético.

A lo lejos, vio una luz débil, y su corazón dio un vuelco de esperanza. Era una casa, aunque no recordaba haberla visto antes.

La casa en la colina

La vivienda parecía abandonada, pero Natalia no tenía otra opción. Subió los escalones del porche de madera y golpeó la puerta con todas sus fuerzas. No obtuvo respuesta, pero tampoco le importó; empujó la puerta y entró.

El interior estaba envuelto en penumbra, iluminado solo por una lámpara de aceite que titilaba en una esquina. Los muebles estaban cubiertos de polvo, y un fuerte olor a humedad impregnaba el ambiente. Pero lo que más llamó su atención fue una serie de símbolos tallados en las paredes, similares a los que había visto en el altar del bosque.

Un susurro suave, casi imperceptible, recorrió la habitación.

—No deberías estar aquí... —dijo una voz quebrada, como el eco de un alma condenada.

Natalia se giró bruscamente, y allí estaba: una anciana de rostro demacrado y ojos hundidos, envuelta en una manta de lana raída. Parecía más un espectro que una persona viva.

—¿Quién eres? ¿Qué es este lugar? —preguntó Natalia, aunque ya sabía que la respuesta no le traería consuelo.

—Soy quien quedó atrapada aquí, como lo estarás tú. El bosque no deja que nadie escape. Te marca, te reclama... y te consume.

La anciana levantó una mano temblorosa y señaló el brazo de Natalia. Al mirar, notó algo que no había visto antes: un símbolo tallado en su piel, como si hubiera sido grabado con un hierro candente.

—Esa marca... —continuó la anciana— es tu sentencia. Ahora eres parte del bosque, y él te llevará, como ha llevado a tantos antes que tú.

Natalia retrocedió, sacudiendo la cabeza.

—¡No! Debe haber una forma de romperlo. ¡Debe haber una manera!

La anciana soltó una risa amarga.

—Hay una forma... pero el precio es más alto de lo que estás dispuesta a pagar.

Antes de que pudiera decir más, un golpe ensordecedor sacudió la casa. Las ventanas estallaron, y la niebla comenzó a filtrarse como una entidad viva, moviéndose con intención.

—¡Vete! —gritó la anciana, con una fuerza inesperada para alguien tan frágil.

Natalia no tuvo que pensarlo dos veces. Salió corriendo de la casa justo antes de que la niebla la engullera por completo. Pero ahora sabía que no podía simplemente huir; tenía que enfrentar lo que fuera que habitaba en ese bosque, antes de que la marca terminara por consumirla.

El regreso al altar

Guiada por un instinto que no podía explicar, Natalia encontró el camino de regreso al altar. El bosque parecía cambiar a su alrededor, como si estuviera vivo, guiándola hacia el centro de su maldad.

Cuando llegó, el altar estaba diferente. La figura rota ya no estaba, y en su lugar había una versión intacta, mucho más grande, y cubierta de sangre fresca. Las velas negras ardían con una intensidad sobrenatural, y las sombras alrededor del altar parecían danzar al ritmo de un cántico gutural.

—Has regresado... —dijo una voz profunda y grave.

Natalia miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Sin embargo, el aire mismo parecía estar hablándole.

—¿Qué eres? ¿Por qué haces esto? —preguntó, su voz temblando.

—Soy el bosque. Soy lo que siempre ha estado aquí, esperando. Alimentándome de aquellos que cruzan mi umbral. Ahora tú eres mi ofrenda.

Natalia sintió que el cuchillo, que aún llevaba consigo, comenzaba a vibrar. Lo levantó, y las inscripciones brillaron con una luz intensa.

—No seré tu ofrenda. Si me quieres, tendrás que luchar por mí.

La risa de la entidad resonó, sacudiendo los árboles y el suelo bajo sus pies.

—Muy bien. Pero recuerda, niña... nadie vence al bosque.

Las sombras comenzaron a converger, tomando forma física. La criatura que la había perseguido antes emergió nuevamente, pero ahora era más grande, más definida, y mucho más aterradora. Sus ojos eran pozos de oscuridad infinita, y su cuerpo parecía formado por raíces retorcidas y carne putrefacta.

Natalia apretó el cuchillo, dispuesta a luchar hasta el final, aunque el miedo en su interior amenazaba con consumirla.

Capítulo 6: El enfrentamiento en el corazón del bosque

Natalia se mantuvo firme frente a la criatura, aunque su cuerpo temblaba como una hoja al viento. La criatura avanzaba lentamente, sus movimientos desarticulados, emitiendo sonidos guturales que parecían resonar en todo el bosque. Cada paso que daba hacía que las sombras se agitaban, como si estuvieran celebrando la inminente caída de Natalia.

El cuchillo en su mano brillaba débilmente, pero no parecía suficiente para enfrentarse a algo tan monstruoso. Las raíces del suelo comenzaron a moverse, enredándose alrededor de sus tobillos, intentando inmovilizarla.

—No escaparás... —susurró la criatura, su voz profunda reverberando en el aire como una sentencia.

Natalia forcejeó, liberándose de las raíces mientras el cuchillo emitía un destello más intenso, como si respondiera a su desesperación. Aprovechando ese momento, levantó la hoja y la hundió en una de las raíces que se extendía hacia ella. Un chillido ensordecedor llenó el claro, y la criatura retrocedió, retorciéndose de dolor.

Pero el alivio fue breve.

De las sombras que rodeaban el altar comenzaron a surgir otras figuras, menos definidas pero igual de aterradoras. Eran los cuerpos de los desaparecidos, sus ojos vacíos y sus bocas congeladas en

expresiones de terror. Caminaban lentamente hacia Natalia, sus manos extendidas como si quisieran arrastrarla con ellos al abismo de donde habían venido.

—Ayúdanos... —murmuró una de las figuras, pero su voz no era de súplica, sino de condena.

Natalia retrocedió, pero chocó contra una raíz que se alzó del suelo, haciéndola caer al suelo. La criatura aprovechó su caída y avanzó hacia ella, abriendo una boca llena de dientes afilados, como si fuera a devorarla entera.

La fuerza del sacrificio

Desesperada, Natalia levantó el cuchillo una vez más, pero esta vez algo diferente ocurrió. Las inscripciones en la hoja comenzaron a brillar con una intensidad cegadora, y una voz resonó en su mente:

—Para vencer al bosque, debes ofrecer lo que más temes perder.

Natalia no entendía lo que significaba, pero no tenía tiempo para dudar. Se levantó y se enfrentó a la criatura, sosteniendo el cuchillo con ambas manos. La criatura se detuvo por un momento, como si estuviera evaluando su decisión.

—El bosque siempre gana... —gruñó la criatura, lanzándose hacia ella.

En el último segundo, Natalia cerró los ojos y clavó el cuchillo en su propio brazo, justo donde estaba la marca del bosque. El dolor fue insoportable, pero lo soportó, mientras la luz que emanaba de la hoja se intensificaba.

La criatura emitió un chillido desgarrador, retrocediendo mientras su cuerpo comenzaba a desintegrarse, convirtiéndose en cenizas que el viento se llevó. Las figuras sombrías que la rodeaban también empezaron a desaparecer, pero no sin antes lanzar gritos de agonía que resonaron en todo el bosque.

Sin embargo, Natalia no tuvo tiempo de celebrar. La marca en su brazo comenzó a expandirse, cubriendo lentamente su piel con líneas negras que se movían como si estuvieran vivas.

—No es suficiente... —susurró una voz en su mente.

El regreso de la oscuridad

Aunque la criatura había sido destruida, el bosque no estaba dispuesto a dejarla ir. El altar comenzó a temblar, y de sus grietas surgieron raíces negras que se dirigían hacia Natalia. Parecían vivas, como si fueran extensiones de la misma entidad que controlaba el bosque.

—¡No! —gritó, levantando el cuchillo una vez más. Pero esta vez, no hubo brillo, no hubo respuesta. El arma parecía haberse agotado, dejando a Natalia completamente vulnerable.

Las raíces la alcanzaron, envolviéndose alrededor de sus piernas y brazos, levantándola del suelo. El aire a su alrededor se volvió irrespirable, y su visión comenzó a oscurecerse.

En su mente, una visión aterradora apareció: ella misma, caminando entre las sombras del bosque, con los ojos vacíos y la marca consumiendo todo su cuerpo.

—Esto no puede terminar así... —susurró, reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban.

Un susurro desde las sombras

Cuando todo parecía perdido, una voz familiar resonó en el aire. Era la anciana de la casa en la colina.

—El bosque no puede tomar lo que no se le da por completo. ¡Recuerda quién eres!

Las palabras despertaron algo dentro de Natalia. Con un grito desgarrador, se liberó de las raíces y cayó al suelo, sosteniendo el cuchillo con una fuerza renovada. Aunque la luz del arma no volvió, su determinación era suficiente.

Se giró hacia el altar y, con las sombras cerrándose a su alrededor, hundió el cuchillo en su superficie. Un estallido de luz inundó el claro, seguido por un grito que parecía provenir del mismo corazón del bosque.

Las sombras retrocedieron, y el altar comenzó a desmoronarse, llevándose con él el poder que había mantenido al bosque en su estado maldito durante tanto tiempo.

Pero Natalia sabía que no había terminado. Aún sentía la marca en su brazo, y el bosque, aunque debilitado, seguía vivo.

Capítulo 7: El Pozo del Renacimiento Oscuro

El aire se tornó pesado y opresivo, más que nunca antes. Desde el centro del bosque, el pozo que Natalia apenas había notado en sus recorridos anteriores comenzó a emitir un resplandor negro, como si el propio vacío del universo estuviera surgiendo desde sus profundidades. Una vibración profunda se propagó por el suelo, acompañada por un rugido que hizo que los árboles se inclinaran, como si temieran lo que estaba por emerger.

De las sombras líquidas del pozo surgió una figura familiar: la criatura. Pero esta vez, era diferente. Su cuerpo, antes grotesco pero reconocible, ahora era una amalgama de formas imposibles, con extremidades que se alargaban y retorcían, y un rostro que cambiaba constantemente, fusionando los rostros de las víctimas del bosque. Sus ojos brillaban como brasas ardientes, y su voz resonó como mil gritos en uno:

—Jamás ganarás. Escaparás, pero solo hacia mi abrazo.

Natalia retrocedió, temblando. El altar que había destruido comenzaba a reformarse a sus espaldas, como si el bosque se estuviera reconstruyendo rápidamente, regenerándose con cada segundo que pasaba. El cuchillo en su mano, ahora opaco, parecía un simple objeto inútil.

La criatura se movió con una velocidad aterradora, alcanzándola en un abrir y cerrar de ojos. Sus garras se cerraron alrededor de su cintura, levantándola como si fuera un muñeco de trapo.

—No puedes destruirme porque soy parte de ti... —gruñó, acercando su rostro cambiante al de Natalia.
—El bosque está en tu sangre.

Natalia gritó y forcejeó, pero sus esfuerzos eran inútiles. En ese momento, sintió un ardor insoportable en la marca de su brazo. La oscuridad parecía estar fluyendo desde ella, conectándola con la criatura y con el altar. Era como si el bosque estuviera reclamándola completamente.

Un estallido de risas guturales surgió del pozo, como si miles de voces celebraran su derrota.

Capítulo 8: El pacto de la condenación

Natalia fue lanzada al suelo frente al altar recién formado. La criatura se mantuvo imponente, vigilándola, mientras las raíces del bosque la atrapaban nuevamente. Esta vez no intentaron hierirla físicamente; en lugar de eso, comenzaron a envolverla como un sudario, sofocándola.

—Eres nuestra, Natalia —susurraron las sombras. —Pero aún puedes elegir cómo acabar con tu sufrimiento.

El altar brilló con un resplandor negro, y una figura humanoide emergió de su superficie, formada completamente de sombras. Era el corazón del bosque, la entidad que había controlado todo desde el principio.

—Ríndete a mí —dijo la entidad, con una voz que resonaba en el aire como el crujido de ramas quebrándose. —Dame tu alma y terminaré con este tormento. Si no lo haces, cada paso que des será más doloroso, más vacío. Tus gritos alimentarán al bosque por la eternidad.

Natalia, con lágrimas en los ojos, miró a su alrededor. No había escapatoria. Podía sentir cómo el bosque la devoraba poco a poco, consumiendo su fuerza de voluntad y su esperanza.

—Nunca... —susurró, aunque su voz carecía de convicción.

La entidad pareció reírse, un sonido que heló la sangre de Natalia. Entonces, extendió una mano hacia el pozo. De las profundidades surgió una visión: su pueblo, Río Verde, envuelto en niebla negra. Las luces de las casas se apagaban una por una, y los gritos de los habitantes llenaban el aire.

—Si no aceptas, ellos serán los siguientes. Tus amigos, tus vecinos... incluso aquellos que jamás te hicieron daño. Todo esto será tu culpa.

Natalia cerró los ojos, desgarrada por el dilema. No podía permitir que más personas sufrieran por su incapacidad de detener al bosque. Pero rendirse significaba entregarlo todo, convertirse en una herramienta de la oscuridad para siempre.

Finalmente, habló:

—¿Qué garantía tengo de que ellos estarán a salvo si lo hago?

—Ninguna —respondió la entidad, con una sonrisa retorcida.

La criatura se inclinó sobre ella, esperando su respuesta. Natalia apretó los dientes, llena de ira y desesperación. Entonces, una idea cruzó su mente: no podía vencer, pero podía llevarse al bosque con ella.

Capítulo 9: La caída eterna

Natalia, usando las pocas fuerzas que le quedaban, arrancó el cuchillo inútil de su cinturón y lo clavó en su propia marca. El dolor fue insoportable, pero logró liberar una pequeña explosión de luz que distrajo a la criatura y debilitó temporalmente las raíces.

Se levantó tambaleándose y corrió hacia el pozo. La criatura la siguió, furiosa, extendiendo sus garras para atraparla.

—¡No escaparás! —gritó.

Pero Natalia no tenía intención de escapar.

—Tal vez no pueda detenerte... —murmuró mientras se paraba al borde del pozo. —Pero puedo arrastrarte conmigo.

Con un último grito, Natalia se lanzó al vacío, sosteniendo el cuchillo con fuerza. La criatura intentó detenerla, pero su propio cuerpo fue arrastrado por la fuerza de la caída. La luz negra del pozo estalló en todas direcciones, consumiéndolos a ambos.

El bosque tembló violentamente. Los árboles comenzaron a retorcerse y a caer, las sombras se disiparon, y el altar se desmoronó una vez más, esta vez sin posibilidad de reconstrucción.

En el pueblo, la niebla desapareció, y las luces de las casas volvieron a encenderse. Los sobrevivientes salieron de sus hogares, confundidos pero aliviados. El bosque parecía normal ahora, pero su paz tenía un precio.

Natalia nunca regresó.

Epílogo: La marca eterna

Meses después, el bosque seguía allí, pero nadie se atrevía a acercarse. Los árboles, aunque aparentemente normales, parecían susurrar en las noches de luna llena.

En el centro del bosque, donde una vez estuvo el altar, ahora solo quedaba un claro vacío. Pero algunos aseguran haber visto una figura femenina entre las sombras, con ojos vacíos y un cuchillo en la mano.

El bosque había perdido su fuerza, pero no su oscuridad. Ahora, Natalia era su guardiana eterna, atrapada entre la vida y la muerte, protegiendo al mundo del regreso de la criatura... mientras su propia alma se desmoronaba en el olvido.